
EL PRINCIPIO

Pasaron dos días después de nuestra reunión en ese bar. Luego de consagrar la mesa, nos quedamos tomando hasta la una de la madrugada, momento en el cual, el mesero nos sacó a patadas del lugar. Aunque todos aceptamos ir, ninguno fijó el día o momento exacto para iniciar lo que debía iniciarse. Gracias a Dios, mi familia salió de viaje a otra ciudad, por negocios. Me encontraba completamente solo y estaba agradecido por ello. Si ellos me vieran ahora: pálido, despeinado, sin bañarme y sin comer nada, deambulando por la casa como un fantasma que no tiene ninguna intención de abandonar el lugar y no sabe en que ocupar su mente o sus actos. Subí a mi habitación y me acosté en la cama, mirando el techo. Una idea se formaba en mi cabeza: si el ser dijo que el tiempo no importaba, podía ir allá sin ningún problema y demorarme quinientos años y, al regresar, encontraría todo igual. Quería iniciar el viaje. Esa era la única manera de acabar, de una vez por todas, aquella incertidumbre que me estaba matando.

Pero tenía miedo.

El ir ya no me importaba, la decisión se tomó y sólo quedaba enfrentar las consecuencias. No quería ser el primero, ni tampoco llegar solo. Sabía que necesitaría el apoyo de mis compañeros, tarde o temprano. Y, en este caso, valía más temprano que tarde. Sin querer, cerré los ojos y me concentré en la oscuridad que enseguida me envolvió. Utilizaba uno de los métodos de relajación que aprendí de las cintas del viejo, de nuestro reclutador personal. La calma descendió como un manto cálido y tranquilizante, que me arropó de adentro hacia fuera. Las ideas dejaron de correr desesperadas en la cabeza y comenzaron a tomar forma y enfilarse a una decisión común.

Quería ir.

Y necesitaba hacerlo ahora mismo. Sentía que me necesitaban, que me llamaban. Y con fuerza, deseé encontrarme en ese lugar, para vencer o morir, de una vez por todas.

La ya conocida luz diáfana me envolvió. Pero en esta ocasión era diferente. En esta ocasión, yo no sería espectador. Sería participante. Tenía cerrados los ojos y cuando comprendí que el viaje había terminado, los abrí esperando encontrarme de nuevo en la nada y con el ser frente a mí, para que comenzara la contienda.

Sin embargo, me encontré en algo parecido a un cuarto. Un cuarto cuyas paredes eran barro endurecido. Una pequeña lámpara de aceite alumbraba débilmente la habitación. No tenía ningún tipo de decoración. Me encontraba acostado, en algún tipo de tabla, levemente levantada sobre el piso. Me alcé lentamente. No comprendía bien donde me encontraba. Esto no se parecía a nada de lo imaginado. Esperaba destellos de luz y seres mitológicos e inimaginables que me rodearían enseguida, para dar comienzo a una batalla que terminaría, de una vez por todas, con mis dudas. Me sentía desubicado. Al frente había una pequeña puerta de madera y unas voces alcanzaban a penetrarla y llegar a mis

oídos. Con temor, la abrí. Lo que vi me sorprendió y a la vez aterrorizó. Una mujer, quien me daba la espalda, conversaba tranquilamente con algo o alguien que no soy capaz de describir. Una cosa enorme, dos veces más grande que un hombre, de color negro y sin ninguna cabeza o miembros. Era solo una forma. Algo cilíndrico en su base, se agrandaba en la mitad y volvía a encogerse en la parte superior. Pero lo que me aterró, no fue su forma ni su color. Estaba hablando. Los sonidos que salían de alguna parte de esa cosa, no eran posibles de reproducir para un ser humano. Tenía parecido con el sonido que produce el metal, cuando choca y se retuerce en un agónico segundo. Y lo horrible, esa mujer, con aspecto de humana, contestaba en el mismo idioma.

Al entrar, la forma negra se interrumpió bruscamente y la mujer dio la vuelta para encararme. Era muy bonita. Una belleza como tal no había visto en mi vida. Ni siquiera las modelos más famosas se acercaban en lo mínimo a esa belleza que se encontraba sentada frente a mí. Simplemente quedé petrificado en la puerta, con la boca abierta, admirándola. El silencio se prolongaba demasiado cuando ella rompió el hechizo y me habló con una voz que sólo era asociable con el sonido que producen las alas de los ángeles al desplegarse para el vuelo:

— Bienvenido.

— Gra... gracias. — Logré balbucear, al descubrir que además de lo anterior, también hablaba mi idioma.

— Eres uno de los guardianes del planeta Tierra. — No lo preguntó, sino lo afirmó.

— Sí.

— Mi nombre es Xillen. Soy la imparcial.

— ¿Imparcial? — Eso era algo nuevo para mí.

— Sí. Soy la encargada de recibir a todos los guardianes y explicarles lo que se les ocultó... No soy humana... — Debió descubrir que todavía la miraba con ojos desmesuradamente abiertos y comportándome como un idiota. — Todas las razas me ven como una de los suyos. Por ejemplo, — señaló a la forma que se encontraba detrás de ella que hasta ahora jugó un papel mudo en la conversación, — él es Vilikres, del planeta Scringch. Y me ve como alguien de su planeta. Además, en este momento está comprendiendo lo que yo te digo, en su idioma. Y lo mismo será con cualquier otra raza que se encuentre conmigo en el mismo cuarto. Por eso, soy imparcial. No tengo preferencia por ninguna raza. Entiendo absolutamente todos los idiomas y dialectos que se hablan a través del Universo. No existe nada desconocido para mí. Soy la única que existe desde el principio de la eternidad, y nada ni nadie tiene la capacidad de destruirme. Pero tampoco puedo hacer absolutamente nada a nadie. — Y en seguida me miró con total neutralidad.

— Mucho gusto. Mi nombre es Enrique.

Ella le dijo algo al ser que se encontraba detrás de mí. Y después volvió a encararme.

— Él es uno de los quince guardianes que pelearán por lo que ustedes, los humanos, llaman Bien.

— ¿Quince? — La revelación me sacudió como un relámpago. ¿Quince, peleando por las almas de miles de millones, contra Dios sabe cuantos?

— Sí. Por ahora, hay cincuenta y tres guardianes malos. — Creí que me iba a desfallecer en ese instante. ¡Quince contra cincuenta y tres! ¡Dios nos ampare! — Y a partir de este momento se inicia la preparación de todos los guardianes, venidos y por venir.

— ¿Cuántos nos encontramos ya... — busqué en vano la palabra —...aquí?

— Once. Los cuatro que faltan sus tus amigos. — Me miró detenidamente y, anticipándose a mi pregunta, continuó: — No sé si llegarán. No soy adivina. No puedo prever el futuro ni el comportamiento de un ser. Eso es imposible para quienquiera que lo intente. Pero, por el buen desenlace para los guardianes buenos, espero que lleguen.

Me encontraba en un estado entre anonadado e hiperactivo. Quería conocer todo lo que se podía sobre ese lugar. Llegar a asimilar las maravillas y secretos del Universo, tan cercanos y lejanos. Sentía que en ese lugar, todo lo que se quería conocer, todo lo que fue oculto, sería revelado. Más que un presentimiento, era una seguridad. Pero no sabía como comenzar. Me senté al lado de mi nuevo compañero de batalla. Quería entablar de nuevo una conversación con Xillen. Quería que ella me abriera las puertas de ese conocimiento oculto, pero en lugar de decir o preguntar algo, no apartaba la vista de ese ser, sentado al lado mío. Por extrañamiento que parezca, aquella forma acaparaba mi atención. Creo que en algún momento, Vilikres debió notarlo, pues chilló algo en su lengua a Xillen y ella me lo tradujo amablemente:

— Vilikres quiere decirte que en su vida imaginó la existencia de una cosa tan horrible como lo eres tú.

Me quedé de una pieza. En nuestro planeta, semejante cumplido era considerado como una ofensa. Pero antes de responder, consideré lo delicado de la situación.

— ¿Gracias? — Respondí débilmente. Era curioso. Si en mi barrio, cualquier persona que yo conociera de paso, como era el caso de Vilikres, me dijese esa pequeña frase, le respondería con un par de madrazos y quizás con unos cuantos golpes. Me sentía bastante incómodo y vulnerable. En ese momento, pensé cómo afectan nuestras reacciones las diferentes situaciones y lugares en que nos encontramos. *Lo constante se torna cómodo*. Escuché esa voz en mi mente y sentí la mirada penetrante de Xillen.

— Bastante. — Respondí en voz alta y, haciendo un esfuerzo, aparté la mirada de Vilikres y me concentré en interrogar a Xillen. — Si vamos a pelear juntos, — señalé con la cabeza al Scringchiano, — ¿cómo demonios nos vamos a entender? Supongo que tú no estarás con nosotros en todo momento, ¿o sí?

— Más adelante, se les enseñará a entender y hablar los idiomas, mientras se encuentren en este lugar. En algunos casos, ustedes logran recordar algunos de esos idiomas cuando regresan a sus planetas. Eso ocurre, más que todo, en los sueños o bajo los efectos de otra índole y deliran.

— ¿Cuándo comenzará la contienda? — Esa pregunta era la que más me aterraba. Y tuve que realizar un esfuerzo gigantesco para formularla sin tartamudear.

— La contienda ya ha comenzado. Desde el momento en el que algún guardián penetra en este sitio, al que podrías llamar Limbo, Purgatorio, Olimpo y muchas cosas más. La presencia de uno de los guardianes, sin importar a que bando pertenezca, da comienzo a la contienda. Y, aunque este guardián deje este sitio, no terminará lo iniciado. La única manera de finalizar con la contienda, es que se libre una batalla, aunque sea sólo entre dos guardianes. Pero para finalizar, todos, todos los guardianes del bando vencido deben perecer. — Me miró directamente a los ojos y noté tristeza. Mucha tristeza en esos ojos. Los ojos más bellos que vería jamás. — ¿Crees que es cruel? No. Como ya sabes, los guardianes son almas que poseen cuerpo, en el momento en que son designados como tales. El alma de un guardián no puede presentar batalla sin poseer un cuerpo que se encuentre en perfecto estado. También tiene que ser joven y con mucho que arriesgar en la contienda. Ya que al perecer un guardián, no sólo pierde su cuerpo, lo cual no tiene ninguna importancia, también el alma del guardián sufre grandes penalidades para regresar a un cuerpo y proseguir con la limpieza. Muy pocas son las almas de los guardianes, que al ser tomadas en batalla, reencarnan para volver a ser tales. Otros, terminan formando parte del bando contrario. Cambian su esencia, su éter interior.

Yo no encontraba palabras. Mi boca se cerraba y abría espasmódicamente, pero ningún sonido articulable salía de ella. Mis manos aferraban el borde de la mesa, como si fuera un salvavidas, y mis dedos, totalmente blancos, estaban completamente entumecidos. Desalentado, abatido, miserable y un millón de palabras más, no podían siquiera acercarse a un año luz, para describir mi estado emocional en ese momento. Necesité varios minutos para comenzar a digerir un poco lo que ella me había dicho.

El proceso de vivir con ese hecho, me tomaría mucho, pero mucho más tiempo.

— ¿Por qué estás aquí? — Esa pregunta me sacudió y me sacó de un estado emocional bastante deplorable, para colocarme en uno peor.

— No lo sé. A pelear por el bien, supongo.

— ¿Tienes miedo?

— Sí. — Por alguna extraña razón, sentí como mis fuerzas aumentaban. — Por eso estoy aquí. Tengo miedo de que el mal gane la batalla. Me importa un carajo el verdadero significado de estas dos palabras. Bien. Mal. Tan sólo existe un Bien. Y es el que a uno se le enseña, desde pequeño. Estoy aquí para defender mí Bien. El Bien, tal y como se conoce que es, en mi Planeta.

Xillen no reaccionó de ninguna manera a esa muestra de patriotismo. Entonces, le pedí que me hablase un poco sobre algunos hechos y ella accedió gustosa. La luz, que penetraba por una de las ventanas, ya estaba dando paso a la oscuridad cuando acabamos.

Nos despedimos como amigos.

La noche, si es que se le puede llamar así, transcurrió sin ningún inconveniente. Xillen mencionó que después de descansar, conocería a los demás guardianes. Nunca imaginé que sería tan real. Estando mi cuerpo en la habitación de mi casa, mi mente tenía que vivir, comer, dormir y realizar las mismas cosas que el cuerpo. Ahora comprendía del todo a lo que se refería el ser, cuando mencionó que si nos mataban, moriríamos.

Me encontraba recostado en la misma tabla en la que aparecí. La imparcial me explicó que esta sería mi habitación, antes de salir de campaña.

De campaña.

La frase en sí encerraba un enorme significado. Mi experiencia como *Dungeon Master* en los juegos de rol, me enseñó que una campaña, por más que se aceleraran o comprimieran los hechos, duraba de dos a tres años. Si este es el tiempo que toma desarrollar juegos imaginarios, en los cuales uno maneja el espacio y el tiempo, ¿cuánto demoraría una campaña en la realidad? Todavía no sabía, ni imaginaba cómo se desarrollarían los combates. Ni siquiera tenía idea de lo que tendría que hacer para ganar. Temía al hecho de tener que matar a alguien. ¿Cómo se sentiría el tomar una vida? No me visualizaba matando a alguien. Aunque nunca se sabe. La necesidad empuja al hombre a realizar cosas que en sano juicio jamás ejecutaría. Y las cosas empeoran cuando se amenaza la vida de ese hombre. ¿Podía yo justificar el matar a alguien, si ese alguien amenaza mi vida? Creo que sí. No veía inconveniente en matar alguna de esas cosas de otros planetas. El problema sería el asesinar a alguien de mi planeta, o por lo menos que tenga el mínimo parecido con un humano. También sentía angustia, debido a la falta que me hacían mis amigos. Esa noche en el bar, Andrés tuvo razón cuando dijo que la decisión debe ser tomada por cuenta propia. Así lo hicimos, pero la compañía de ellos en este lugar, era tan necesaria como importante. Ahora, estando en la soledad de la habitación y sabiendo que me rodeaban seres extraños, comprendía el porqué de la existencia de Xillen y su maravillosa capacidad de ser vista por cualquier ser como una de su mundo. De otra manera, uno se volvería loco. De por sí, ya resultaba difícil separar la realidad de la fantasía y aún más, los hechos mentales de los corporales. Pero, ¿eran mentales o espirituales? O quizás ninguna de las dos. Tal vez, en este momento me encontraba acostado en mi cama, soñando con esto y razonando en los sueños, asumiendo que es la realidad.

II

El sol se encontraba en lo alto, cuando por fin me levanté. Acostumbrado a depender del despertador electrónico para levantarme, no desarrollé mi reloj interno. El cuarto vecino, donde conocí a Xillen y a Vilikres, se encontraba vacío. Con cierto temor, me dirigí a la puerta de salida. Por primera vez vería el mundo en el que me encontraba, porque hasta ahora, mi experiencia se reducía a mi habitación y el cuarto contiguo. Con lentitud, abrí la puerta y... ni siquiera me asombré.

Me encontraba en una rústica ciudad de alguna época olvidada y perdida en el tiempo. Las casas, que eran muy pocas, estaban hechas de madera, sin pintar. De color negro, gracias al agua absorbida a través de los tiempos, daban la impresión de un mundo gris que me rodeaba por doquier. Había toda clase de seres y cosas moviéndose por la calle. Unas cuantas formas humanas estaban reunidas al frente de una primitiva construcción que identifiqué como la herrería. Más al fondo se encontraba la taberna y el hospedaje. Unas caballerizas daban muestras de su localización, gracias al penetrante olor de los excrementos de los caballos. Y, muy al fondo, donde terminaba el carretable para convertirse en una pequeña plaza, se encontraba resplandeciente Xillen, acompañada por Miguel, Andrés y JJ. No estoy seguro, pero creo que el grito de júbilo que salió triunfante de mi garganta azoró a los extraños seres que me rodeaban. Salí corriendo a su encuentro, mientras que ellos, sonrientes, me esperaban.

Mi primera intención era la de abrazarlos, pero me lo impidió mi propia vanidad. No acostumbrábamos hacerlo, por lo menos no en público. Nos saludamos con calidez, creo que con mayor emoción, por mi parte. Xillen nos observaba, también sonriente. Me contaron que todos se reunieron en la casa de JJ y, luego de un momento de indecisión, se transportaron. Mientras Andrés lo contaba, una sombra cruzó por su cara y de repente calló. JJ y Miguel se miraron en silencio y luego me miraron a mí. Algo andaba terriblemente mal, pero yo no sospechaba de lo que se trataba. Después de un rato de penoso silencio, JJ me miró directamente a los ojos y me dijo:

— Heitter estaba con nosotros, cuando emprendimos el viaje. Todos lo hicimos al mismo tiempo. — Me dedicó una mirada cargada de intención y continuó quedamente. — Pero no llegó con nosotros. Esta mujer, — señaló en dirección a Xillen, — dice que él puede ser uno del equipo contrario...

— De hecho, lo está afirmando. — Interrumpió Andrés, sin mirarme a la cara.

Todo se cayó en mi interior. Intuía que si Xillen decía que así era, así tenía que ser. Miré estupefacto a esa bella cara que reflejaba una total imparcialidad y me provocó pegarle. Quería insultarla, golpearla, humillarla, pero en vez de eso, asentí lentamente y me dejé caer, completamente sin fuerzas, en el suelo.

Heitter.

No podía creerlo. Más una pequeña vocecita en mi interior, afirmaba con terquedad que era verdad. Heitter era el único que no deseaba ir, realmente. Fue coaccionado por nosotros, psicológicamente. Entonces, comprendí que desde el

principio, él sabía algo. Fue el único que se negó y se mostró renuente, desde el principio. Me entraron ganas horribles de gritar. De levantar mi cara al cielo y aullar, como aullaría un perro a la luna. Me levanté y miré a mis amigos. Nuestro grupo se redujo a cuatro, mucho antes de comenzar la contienda. Forcé una sonrisa.

— Bueno, me parece que tendré que olvidarme del dinero que me debe.

Ninguno sonrió, pero todos asintieron. Sin saberlo, con ese gesto excluíamos, de manera inconsciente, a Heitter del grupo. De ahora en adelante, sería nuestro enemigo.

Caminamos de regreso a mi cabaña, acompañados por la silenciosa Xillen. Me extrañaba que ella nos acompañara. Después de todo, ella era imparcial y estaba seguro de que tenía deberes más importantes, que estar detrás de cuatro chiquillos, moralmente destrozados. Entramos y nos sentamos en silencio alrededor de la mesa. JJ tenía la cabeza entre sus brazos y daba la impresión de que quería aplastarla con sus enormes manazas, a juzgar por la forma en que la apretaba. Miguel adoptó su típica postura de preocupación: pies en la mesa, vista al techo, manos detrás de la cabeza. Andrés se acariciaba nerviosamente el abdomen, justo donde fue apuñalado. Yo no sabía que hacer. Entonces, miré a Xillen. Ella tenía el rostro teñido por una súbita preocupación y comprendí que algo debía andar muy, pero muy mal. ¿Cómo era posible que la imparcial se preocupase por algo? La miraba con una mezcla de terror y curiosidad y me di cuenta de la lucha interna que debía librar. De repente, ella me correspondió la mirada y, luego de un largo momento de silencio, por fin abrió la boca.

— Nadie más va a venir. — Mis amigos no captaron del todo el sentido de esa frase, pero yo sí. La estaba mirando, con los ojos salidos de las órbitas, tratando de articular una palabra. — Vilikres y los otros fueron derrotados anoche, así que quedan ustedes cuatro, no más. — La única reacción que se me ocurrió en ese momento, fue cubrir mi cara con las manos, y ocultarme del mundo. No veía las reacciones de mis amigos, pero sentía que eran exactamente iguales a la mía. — Pero algo ha cambiado. — Continuó Xillen, implacable. — Por alguna razón, por primera vez desde la creación del Universo, estoy autorizada para tomar un bando.

— ¿Por quién? — La pregunta, lanzada por Miguel, fue más bien automática, que con algún sentido.

— Eso no importa. Lo importante es la decisión que debo tomar. Empero, no tomé una nunca y por ello me es extremadamente difícil hacerlo. — Hizo una pausa, tratando de encontrar las palabras a seguir, mientras nosotros digeríamos lo dicho, hasta captar del todo su sentido. Uno a uno, la miramos con una clara súplica en nuestros ojos. — Espero verlos por la mañana. — Dijo a modo de despedida y luego, sin más, se levantó y salió por la puerta, dejando tras de sí un misterioso aire de esperanza.

— Bueno, — Miguel por fin se sentó normalmente y, por cuestión de costumbre, se afianzaba con el control de la situación. — Lo único que podemos hacer ahora, es esperar.

— Yo no estaría tan conforme. Así ella decida ayudarnos, siguen siendo cincuenta y cuatro, con Heitter, contra cinco. La única ventaja que tenemos, es la experiencia de ella.

— Creo que no nos ha contado todo lo que sabe. — Andrés me miró a la cara y, entre un silencio compungido, conté a mis amigos lo acontecido desde la noche anterior, sin omitir ningún detalle. Ahora, ellos me miraban con auténtica preocupación, pintada gravemente en sus rostros. La verdad no era acogedora. El número de nuestros enemigos era mayor y nuestras esperanzas de vencer en la contienda disminuían con rapidez.

La noche llegó como un ladrón entre las sombras, silencioso, atemorizante. Nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa, proyectando nuestros planes al futuro. Cierto que eran meras suposiciones, especulaciones sin base que nos ayudaban a mantener ocupada nuestra mente, que tendía a escapar de nuestro control para cabalgar sobre las monturas de las dudas.

Cuando por fin decidimos ir a dormir, era de madrugada. Mientras el estupor del sueño me rodeaba lentamente, recordé, con cierta sorpresa, que no fumé ni un cigarrillo en estos dos días. Simplemente no me hacía ninguna falta. Además, ¿dónde diablos podría conseguir un paquete, por estos lados? La idea me hizo sonreír. Sería estupendo que lo dejara del todo.

Y así, divagando, por fin me dormí.

III

Sentí como alguien me sacudía del hombro y abrí los ojos sobresaltado. JJ se inclinaba sobre la cama y me sacudía con cierta violencia. Dijo que todos estaban levantados y que era hora de que hiciera lo mismo. Me esperaban en la pequeña sala de mi cabaña. El silencio que nos rodeaba, no presagiaba nada bueno. La noche no sólo renovó nuestras fuerzas, también nuestras dudas. Ese sentimiento de generalizada incertidumbre flotaba en la habitación, impregnando todo y a todos con su desagradable sustancia.

— No creo que venga. — Sentenció Miguel, con tono tajante. — Lo mejor que podemos hacer, es salir de aquí. Regresar a nuestro mundo.

— No funcionará. — Renegué, quedamente. — Esto no acabaría. Recuerde lo que nos enseñaron: termina solamente cuando un bando sea eliminado.

— El único detalle que se le está yendo, hermanito, es que los que vamos a ser eliminados, somos nosotros. — Miguel hizo una pausa y, después de mirarnos uno a uno, recalcó la última palabra. — Nosotros. Así que si no les molesta, me gustaría largarme de aquí.

Nadie dijo nada. Sinceramente, en ese momento esperé una huida propagada, pero nada sucedió. Comprendí que nosotros estábamos literalmente muertos de miedo, pero igual éramos tercios. Ni Miguel, ni JJ, ni Andrés, ni yo desertaríamos. La suerte estaba echada y nada cambiaría nuestros sentimientos. El estallido de Miguel, era su manera de dejar escapar el miedo acumulado en su interior, desde el momento de conocer la noticia con la cual nos designaban como guardianes. No era la manera más apropiada, pero ayudó. Miré a mis amigos con respeto. ¿A qué endemoniados peligros nos enfrentaríamos? ¿Cómo libraríamos esas batallas? Y el interrogante más grande y atemorizante: ¿Ganaríamos?

— Lo que a mí me da piedra, es lo de Heitter. — JJ plantó un golpe en la mesa, con su formidable puño, haciéndola crujir lastimeramente. — ¿Cómo diablos nos la hizo? Siempre estaba con nosotros. La idea de ir al psicólogo fue de él... — Y entonces se interrumpió abruptamente.

— Él lo sabía desde el principio. — Terminó la idea Andrés, como si clavara con un golpe seco de martillo un clavo en un madero. Estaba cabizbajo, mirando la mesa, y las palabras que comenzaron a salir de su boca, nos quemaban como la erupción de un volcán. — Al principio, sólo buscaba guardianes para que se unieran a él. Cuando se dio cuenta de que nosotros éramos del otro bando, trató de evitar que fuéramos. ¿Recuerdan en el bar? Cuando habíamos tomado la decisión, él balbuceaba algo. Trataba de persuadirnos. — Paró un momento, organizando sus ideas. — Y cuando se dio cuenta de que era inútil, también prometió ir. — Levantó la cabeza y terminó la frase con un odio inenarrable, que salía desbocado desde lo más hondo de su interior. — Sólo que él, ya había estado aquí.

— ¡Qué hijo de puta! — Exclamó JJ apasionadamente y de nuevo dejó caer su descomunal puño sobre la mesa. — Lo único que quiero, es encontrarlo antes de que nada ocurra. Quiero ver la cara a ese perro, antes de partírsela.

— No. — Miguel fulminó a todos con la mirada. — Ahora ya sabemos quién es. No es sólo un golpe. — Tragó con dificultad. — Tendremos que matarle. — Terminó casi en un susurro.

Lentamente, ante mis ojos se formó la imagen de un Heitter destrozado, manando sangre, con la lengua afuera, y nosotros cuatro, danzando alegremente alrededor del cadáver. Sacudí con violencia la cabeza para alejar la imagen.

— ¡Tendremos que hacerlo! — Afirmó Miguel, al leer la negativa bien reflejada en nuestros rostros. — Piensen esto: ahora no es nuestro amigo. ¡Es un guardián enemigo y si no lo matamos, él nos matará!

Terminamos por comprender el sentido de sus palabras. Maldije en ese momento mi destino y deseé febrilmente que nada de esto hubiese ocurrido. Pero era muy tarde. Para nosotros, para Heitter, para el mundo, para el Universo.

Era tarde.

— Una botellita de algo fuerte no nos vendría nada mal. — Sonrió tristemente, JJ. — ¿Vamos a la taberna?

— ¿Cómo la pagamos?

— Ustedes no tienen que pagar nada aquí. Todo se les proveerá sin costo alguno. — Una voz melodiosa nos obligó, al unísono, a mirar la puerta. Ahí estaba Xillen. Sonriente, parada firmemente bajo el marco y mirándonos con cierta picardía en los ojos. — He tomado mi decisión. — Dijo con calma y se dirigió al centro de la habitación, mientras nos levantábamos apresurados para saludarla. — Me quedaré con ustedes. Sinceramente, no creo que venceremos. Sin embargo, elegí el bando de vosotros, porque si pierden este último enfrentamiento... No habrá más. Ustedes son los últimos guardianes buenos que quedan. Tal vez ustedes se han dado cuenta de ello, al percatarse del comportamiento de las personas en su mundo. Es un claro índice del poder que tiene, en este momento, el bando de los malos. Por ello es que se me ha permitido... — Se interrumpió de repente. — No... Me han obligado a tomar un bando. La imparcialidad debe terminar en el desarrollo de la última batalla. En el caso de que ganemos, volveré a recobrarla. Por ahora, soy un simple guardián, como lo son ustedes.

Se sentó y nos miró con atención. Ya no había lugar para razonamientos dudosos. La noticia era dura. Demasiado dura, como para detenerse a pensar en ella. Éramos los últimos. Era terrible pensar en las consecuencias para nuestro mundo, si nos derrotaban. Estaba fuera del alcance de mi imaginación.

¿Tercera guerra mundial?

¿Cuarta?

¿Quinta?

¿Cuántas más traería a nuestro sacudido planeta, nuestra derrota? No podíamos perder. No debíamos perder. Andrés, consternado, se rascaba la cabeza. Miguel, de nuevo en su postura de preocupación y JJ... Bueno, JJ estaba determinado a romper la mesa a punta de puñetazos. En este momento, debíamos mantener nuestra cordura. Decidí actuar.

— ¿Qué otras cosas no nos contaste, Xillen?

— Hay otras, pero no estoy en condición de decirlas. Fue la condición que se me impuso. Aunque conozca este titánico enfrentamiento, no tengo el derecho de sugerir ideas, únicamente ayudarles a combatir. En el momento apropiado, les diré todo lo que a ese momento en especial se refiere y no conozcan ustedes.

— ¿Cómo se desarrollarán las batallas?

— Ya les informaron que un bando elige el campo de batalla. Este ya fue elegido. — Hizo una pausa que me pareció fuera de lugar. — Es su planeta. El combate en sí, se desarrolla durante las diferentes épocas que vivió su planeta. Comenzando con lo que ustedes llaman prehistoria, hasta llegar al momento de ahora. En cada batalla se utilizarán las mejores armas de la época. Incluidas las vestiduras, cortesías, léxico y costumbres. Pero tengan en cuenta que ustedes no participan directamente en las batallas. No es una lucha cuerpo a cuerpo. Ustedes dirigirán a las almas a combatir contra otras. Al hallarse en este estado, ustedes son almas, lo mismo que muchas otras que se encuentran aquí. La única diferencia, es que ustedes tienen un cuerpo de verdad que arriesgan en la lucha, mientras que sus subordinados no. Ellos sí van a pelear cuerpo a cuerpo. Pero existen algunas excepciones... — Calló repentinamente.

— Bueno, — JJ dejó de golpear la mesa y nos miró con una alegría que comenzaba a desbordarle el rostro. — Eso es un dato bastante valioso Xillen. Esto aumenta bastante nuestras posibilidades.

— No te alegres demasiado, JJ. — Xillen lo miró con sus bellos ojos y pensé que JJ iba a estallar ahí mismo. Su rostro adquirió un color rojo intenso, comenzó a parpadear muy deprisa y sus puños se cerraron con fuerza, haciendo crujir las articulaciones. Esta era la típica reacción de JJ, al hablarle una mujer que le gustaba. En la universidad, solíamos burlarnos del pobre a cada momento, pero terminamos acostumbrándonos a sus precarias reacciones. — Recuerda que Vilikres fue derrotado anoche, junto con otros diez guardianes. — Continuó Xillen, haciendo caso omiso del color tomate del rostro de JJ. — Si ellos eran once, y nosotros sólo cinco, ¿sigues creyendo que tenemos alguna oportunidad?

El silencio que siguió a esas palabras fue pesado. Xillen echó un baldado de agua fría a nuestro muy inestable estado de ánimo. En verdad, ¿cómo fueron derrotados Vilikres y los otros? Necesitábamos saber los detalles de la batalla... Por lo menos yo lo necesitaba.

— ¿Dónde se desarrolló la batalla, Xillen?

— Ustedes no conocen nada de estas batallas, aunque ocurrieron en su planeta. — Dijo Xillen a modo de introducción. — Su historia no tiene ningún registro de ellas, existen meras suposiciones. — Nosotros no entendíamos, todavía, a lo que se refería. Lo notó y trató de explicarnos. — Las primeras batallas, registradas en su historia, son las de los cavernícolas. Sin embargo, estas batallas no fueron las primeras. La primera gran batalla, la desarrollaron vuestros lejanos antecesores: los primates. Fue una batalla, donde las armas que utilizaron, fueron garras y dientes... — Xillen se estremeció.

—...Y no garrotes, como lo plantea la historia. — Completó Andrés, totalmente absorto.

— Esto tuvo que ser en algún momento intermedio, después de que el primate bajara del árbol y antes de que cogiera el garrote, para defenderse. — Miguel estaba maravillado... de sus propios conocimientos de historia.

En ese momento, una idea reveladora comenzó a relumbrar en mi mente. Era evidente, mis amigos no conocieron a Vilikres y por tanto...

— ¡Esperen un momento! Esperen un condenado momento. — Grité, casi en éxtasis. — Ya sé por qué perdió Vilikres esa batalla. — Mis amigos y, para mi mayor placer Xillen, me miraron intrigados. — Ustedes no conocieron a Vilikres y no saben que su cuerpo era completamente llano. No tenía manos, brazos, boca, nada. No tenía absolutamente nada para enfrentar esa batalla. Me imagino que los que le hicieron frente, tenían que ser de la Tierra. No existe otra explicación. Vilikres se enfrentó con algo desconocido para él, por eso perdió.

— Eso explicaría el porqué once guardianes fueron eliminados en una batalla. — Analizó con calma, Miguel. — Ya me parecía extraño. Menos mal que te diste cuenta, creo que nos devolviste el alma al cuerpo, — miró a Xillen y agregó, — hablando en sentido figurado, por supuesto. — Sonrió suspicaz.

— ¿Qué les parece, si vamos a la taberna, ahora sí, por algo fuerte? — Siguió con su idea JJ, ahora más alegre que nunca. Se levantó y caminó a la puerta sin esperar nuestra respuesta. Creo que esa fue la primera vez, en todo el tiempo que yo lo conocía, que JJ tomó la iniciativa en algo.

IV

Esta era mi última noche en un lugar seguro. En la taberna, tomamos bastante de un líquido rojo, que nos sirvió el tabernero. Lo reconocí vagamente como vino, aunque no pude especificar su procedencia o de qué era. Tomamos, hasta que JJ dio de cabeza contra la mesa y roncó como un toro salvaje. Xillen nos acompañó durante la estancia, aunque no probó una copa de vino. Lo curioso es que no hablamos ni una sola palabra de lo que nos esperaba al amanecer. Sabíamos que, a partir de mañana, nuestras vidas penderían de nuestros actos y cualquier decisión mal tomada, repercutiría en toda la humanidad, para no ir más lejos. Bajo un acuerdo común no hablado, no tocamos el tema y hablamos de cosas mundanas. Recordamos la universidad, nuestros amigos, nuestras familias y hasta recordamos a Heitter, sin molestarnos en absoluto, en siquiera pensar, que en ese momento era nuestro enemigo más encarnizado.

Desperté sobresaltado. Me pareció que una presencia rondaba la cabecera de mi cama, pero cuando abrí los ojos, no había nada. Todavía estaba semioscuro. Me levanté y caminé hasta la ventana. Me sentía mal. También podría decir aterrado, no sé. Esa presencia se sintió bastante real para mí y me asustó. A lo lejos, los primeros rayos de sol comenzaban a acariciar los picos de las montañas que nos rodeaban. Curioso, pero hasta ahora me daba cuenta de que nos encontrábamos en un valle rodeado por ellas. Me senté de nuevo en la cama sin lograr controlarme. El miedo me invadía a raudales que nunca había experimentado. Las dudas, que pensaba mucho tiempo atrás resueltas, comenzaron a invadir de nuevo mi cabeza. No sabía si era capaz de llevar hasta el fin esta aventura que iniciamos. Sacudí la cabeza salvajemente, tratando de alejarlas, mugiendo como una vaca. Me levanté de un salto y, dando vueltas por la habitación, comencé a cantar una canción que me enseñó mi madre cuando era pequeño. Al rato funcionó, pero sabía que no dormiría el resto de la madrugada. Me vestí con movimientos bruscos, rápidos. Salí de la casa y aspiré hondo el puro aire de la mañana. Comencé a caminar sin rumbo fijo. Seguía el camino que serpenteaba bajo mis pies. Lo vi transformarse de un camino de tierra pisoteada a otro, lleno de charcas y huecos. La tierra se hundía con facilidad bajo mis pies. En un segundo, me encontré lleno de barro hasta las rodillas, pero eso no me importaba. Una laxitud impresionante se apoderó de mí. Me sentía atontado, pero ni siquiera lo notaba. Simplemente, seguía caminando. Mi mente estaba libre de pensamientos. Completamente en blanco.

Era más difícil avanzar. El barro parecía absorber, literalmente, mis zapatos. En algún momento, pensé que debería conseguir unas botas. Luego, ese pensamiento quedó borrado por el embotamiento. Ni siquiera me daba cuenta de que salí del pueblo y ascendía por el camino que se perdía, serpenteante, en la montaña. A mi alrededor, un denso bosque ocultaba miles y millones de ojos que me observaban. En mi vida conocí semejantes árboles. Eran gigantescos. Su tronco tenía el ancho de una casa y su edad... Bueno, su edad se encontraba

fuera de mi limitada comprensión. La montaña, amenazadora, que se ubicaba al frente, pareció desaparecer de repente, cuando llegué a la cima, después de un recodo. Al fondo se abría un inmenso valle. Desde mi posición, se veía demasiado hermoso, para ser real. Dos ríos se encontraban y percibía la furiosa lucha entre ambas corrientes, intentando imponer cada una su propia dirección. El bosque era más natural. Los aterradores árboles que se encontraban en la montaña, desaparecieron. La naturaleza misma parecía salir a mi encuentro, con lo más bello de su propia colección y me lo ofrecía, sin más, en una bandeja de plata. El efecto fue mayor, cuando, siguiendo una orden silenciosa, el sol apareció en el horizonte, como si se materializase de la nada, e iluminó con sus rayos la hermosura que se extendía ante mí. Y ese fue el mandato que le dio vida a ese valle. Desde mi sitio, alcancé a escuchar con claridad los rugidos de los animales que se despertaban y los aullidos lastimeros y, en algunos casos, rugidos victoriosos de los cazadores de la noche, que buscaban refugio para pasar el día. Las bandadas de pájaros, de colores misteriosos y fantásticos, volaban por encima de mi cabeza, llenando el aire con su impresionante algarabía. Y entonces, el olor del valle, llevado a mí por los vapores que se desprendían de los árboles al ser calentados por el sol, me golpeó con fuerza y me hizo tambalear.

Me sentí mareado.

Jamás en mi vida, había percibido a la Naturaleza en todo su esplendor y no había caído en cuenta de todo lo que perdí al nacer en una época, en donde lo importante era aprovechar lo que la Naturaleza nos daba, pero nunca preocuparse por Ella. Los insectos danzaban sobre mi cabeza, con un alegre zumbido. Las mariposas extendieron sus alas y llenaron aun más de color el valle. Parecían diminutas, medianas, grandes y gigantescas flores voladoras, que llevaban el polen de la vida a otras flores. Esto era LA VIDA. Esto era estar en el Paraíso, en la diestra de Dios, y observar Su creación en todo su esplendor.

Aturdido, comencé a bajar.

El camino desapareció, así que avanzaba a través de la hierba, espantando con mis pasos a los minúsculos habitantes de los pastizales. Si en ese momento alguien me preguntara — ¿para qué está bajando? — no podría responder. No sabría qué responder. No me preocupaba no regresar a la aldea. Simplemente, la aldea quedó en el pasado, en el antaño; en fin, atrás. Intuía que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a ver ese lugar. No me preocupaba. Sólo quería sentir esa vida fluir por mis venas, sin importarme las consecuencias. Esto era la verdadera vida. Sin intereses políticos ocultos, ni gobiernos, ni asociaciones comunitarias de tipo gregarista y ambicionando otros territorios, no existía un plan. No había estructuras, todo era rústico y salvaje, todo era como debió ser y permanecer, durante toda la eternidad.

Fijé mi rumbo a la intersección de los dos ríos. Tomé como referencia el pico de la montaña que se elevaba detrás, porque al llegar al pie del monte, los árboles me envolvieron. El constante rugir de la selva, en su precario susurro, me daba tranquilidad y a la vez me alertaba. Todo se combinó en un único y descomunal ruido silencioso: el crujir de los árboles al ser mecidos por el viento, el chillido de los pájaros, los ladridos lejanos de animales más grandes. Pero distinguía

cualquier sonido de estos. Y creía que si, en un momento de silencio absoluto, me acostaba en el pasto y agudizaba mi oído, escucharía como crecen las flores del bosque. Oiría como fluyen los ríos subterráneos, escucharía como el batir de alas de una mariposa, a miles de millas de distancia. Esta idea me hizo sentirme más seguro y sonreí con alegría inmensa, ofreciendo mi rostro al sol y cerrando los ojos. Levanté mis brazos, intentando embeber todo mi ser, con esa naturaleza que me rodeaba.

Al rato, caminaba de nuevo en dirección a la "Y" que producían los ríos.

Calculé mal el tiempo que me llevaría llegar a la intersección de los ríos. Pensé que me tomaría a lo sumo dos horas, más ya era de noche cuando por fin escuché el rugir del agua. A tientas, me dirigí a la intersección, guiándome por el ruido producido por el agua. Estaba tan acostumbrado a este, que casi caigo al río. De alguna manera, no percibí el incremento en el sonido y casi pago caro por ese error. Tal vez era debido al cansancio; no probé bocado en todo el día y caminaba desde el amanecer, sin detenerme a descansar ni un segundo. Rendido, me dejé caer y cerré los ojos. Mi estómago bullía desesperado, reclamando alimento que no podía proveerle. No sabía qué podía comer. No conocía las frutas que se balanceaban, perezosas, sobre mi cabeza, de las ramas de los árboles. Las que conocía, no aparecían por ningún lado. No podía darme el lujo de intoxicarme o peor, morirme al comer alguna de ellas. Se me ocurrió pescar. Al fin y al cabo, tenía un río cerca. ¿Pero, cómo? No tenía ningún anzuelo ni cordel. Desesperado, desistí de la idea. Tampoco podía cazar un animal. Sabía que no correría mayor riesgo con la carne, pero no tenía ningún arma y no sabía tender trampas. En ese momento, un rugido estremecedor me levantó sobresaltado. ¡Maldita sea! Me había olvidado de los depredadores. Ahora, cuando la noche cayó sobre esta selva virgen, los animales carnívoros salieron en busca de su presa. Asustado, trepé lo más rápido que pude, al árbol más cercano. Me despellejé las rodillas. Unas largas líneas rojas en mis antebrazos, marcaban los lugares en donde las ramas me azotaron sin piedad. En un absurdo terror, subí lo más alto posible y me detuve en la separación de dos ramas, movidas lentamente por el viento. Me acomodé lo mejor que pude. El sueño ya me envolvía, cuando me di cuenta de que caería al vacío y me rompería la crisma. Se me ocurrió sacar el cinturón y, asegurándolo a la rama más gruesa, lo pasé alrededor de mi cuerpo. Sabía que ese trozo de cuero prefabricado no resistiría mi peso, pero confiaba, al menos, que antes de romperse, me daría la oportunidad de sujetarme a la rama, en caso de una caída.

Así que, confiando mi vida a un trozo de cuero, cerré los ojos e inmediatamente me dormí.

El amanecer me sorprendió despierto. Durante la noche, en dos ocasiones estuve a punto de perecer, pero el cinturón resistió bien. Pero la última vez, despidió un quejido lastimero y supe que no aguantaría una nueva caída. Tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad, para permanecer despierto.

A medida que amanecía, los rugidos de las fieras disminuían y, con los primeros rayos de luz, distinguí la intersección que formaban los dos ríos, de cerca. Me ubiqué en el primer árbol de la orilla y el espectáculo, que se abría ante mis ojos, era espléndido. Las corrientes chocaban con un estrépito espantoso. La espuma saltaba por todos lados y, desde la altura del árbol, veía los remolinos que se formaban. Remolinos capaces de llevarse todo en su camino y hundir lo que se les atravesaba, en las profundidades que ocultaban. Descendí del árbol con pasmosa lentitud. Mi estómago rugía, reclamando comida que yo, por más que quisiera, no podía suministrarle. Cuando me acercaba al río para beber un poco de agua, descubrí una rama partida en el piso. Uno de sus extremos asemejaba la punta de una lanza. La recogí, pensando que me sería útil. De hecho, lo fue. Estaba tan débil que necesitaba apoyarme en algo para caminar. Me acerqué al agua y me incliné para tomar un poco, cuidando de no caerme en la corriente. Tomé el líquido con los ojos cerrados, pero mi estómago reaccionó de una manera violenta y devolví el agua. Lo intenté de nuevo, pero esta vez, cuando tenía los labios a pocos centímetros del agua, vi a unos cuantos peces, nadar bajo la superficie. En seguida, recordé mi improvisado cayado que dejé a un lado, al inclinarme. Lo recogí con cuidado, tratando de no espantar a los peces. Apunté, medí la distancia y... fallé. En mi afán de llenar el estómago, olvidé una de las leyes básicas de la física: el agua desvía la luz. Me tomó mucho tiempo y esfuerzo pescar uno de esos peces, con mi arpón improvisado. Sin embargo, tras muchos intentos fallidos, lo logré. El pez que saqué era hermoso, parecía una trucha, pero sus dimensiones no correspondían a las truchas que conocía. Lo devoré crudo, después de una lucha interna del asco contra el hambre. Me sentía reconfortado. Miré alrededor y, de repente, me di cuenta de que me encontraba totalmente perdido y no tenía ningún sitio a donde ir. Ni siquiera comprendía qué demonio me llevó a levantarme de la cama, caminar durante un día entero, por una región que no conocía, la cual, aunque me pareció extremadamente bella el día de ayer, ahora la encontraba demasiado hostil.

Me senté en la orilla, tratando de organizar mis ideas y decidir que hacer. Curiosamente, no sentía ningún miedo. A pesar de pasar la noche en un árbol, huyendo de fieras devora hombres que ni siquiera había visto, me sentía tranquilo. Era extraño, pero aquella serenidad y paz que me rodeaban, mezcladas con la belleza y los olores silvestres, me tranquilizaban, al extremo de ponerme en estado de relajación que tanto practiqué, escuchando las cintas del viejo. Decidí caminar a donde me llevaran las piernas: al fin y al cabo, todo en este lugar estaba predestinado, o algo por el estilo, así que no creía que los Dioses, Maestros o lo que fuesen, corrieran el riesgo de perder a un guardián, así como así.

Me dirigí al Norte.

Caminé durante dos días. Elegí el Norte, puesto que el río fluía en esa dirección general, y no quería perder la única fuente de alimentación a mi disposición. Es increíble como las personas se adaptan al medio en el que viven. De otra manera, perecería. Al cabo de dos días, llegué al mar. El río desembocaba en un azul como el cielo, a tal punto, que no se distinguía en que punto comenzaba el horizonte. Millares de gaviotas cazaban sardinas. Un par de tortugas gigantes, se arrastraban por la playa, entre las palmeras. Y éstas últimas, eran inmensas. La arena era de un amarillo brillante, que segaba la vista al reflejar el sol, como si fuese oro. Me sentía exhausto, bastante flaco, con ojeras que parecían bolsas y un hambre constante. Pero, de una manera extraña, me sentía más libre en espíritu. Recordé, mientras caminaba por esa playa al oeste, que en la Biblia, todo profeta tenía por costumbre ir al desierto, a esperar visiones o revelaciones por parte de Dios. Esa espera purificaba su espíritu, así como el obligatorio ayuno. En cierto sentido, eso era lo que me ocurría. Después de andar durante dos días, prácticamente sin descanso, alimentándome exclusivamente de pescado crudo (cuando mucho dos peces por día) y, además de eso, totalmente desorientado, confiando en alguien superior que me guiase al campo de batalla o lo que fuese, concluía que logré cierto grado de purificación.

Mientras caminaba por la playa, a lo lejos distinguí algunas estructuras. Esperanzado, aceleré el paso, casi al borde de emprender una carrera desenfrenada. Una emoción inmensa me embargaba. ¡Al fin gente! Pero, a medida que me acercaba, mi emoción comenzó a disminuir. Las estructuras se encontraban en pésimo estado. Daban la impresión de haber sido abandonadas hacía mucho tiempo. Algunas paredes se derrumbaron y otras se mantenían en un precario equilibrio, dando la sensación de que una simple brisa bastaría para echarlas por tierra. La esperanza pasó, tan rápido como llegó. Sin embargo, no me desesperé. Por lo menos, dormiría esta noche bajo techo. Avancé despacio, ahorrando las pocas energías que me quedaban. De pronto, me detuve. Me pareció oír una conversación apagada. Tan acostumbrado estaba ya a los sonidos de la Naturaleza, que cualquier sonido diferente, me alertaba. Escuché, conteniendo el aliento. Y ahí estaba de nuevo: una conversación apagada, en la que alcanzaba a distinguir dos voces, más no las palabras. A pesar de que me moría de ansia por encontrarme con seres humanos, mi instinto de conservación se impuso a la curiosidad. Después de todo, yo era un guardián y no sabía si los que conversaban entre las ruinas, detrás de esas paredes, eran buenos o malos. Me retiré sigilosamente hacia las palmeras. Protegido por su sombra, avancé despacio. Cuando me encontraba a pocos metros, me acosté y me deslicé sobre el estómago. Tan absorto estaba en moverme en el más absoluto silencio, que no me di cuenta cuando estaba justo al otro lado de la pared. Me apoyé sobre el muro y, a duras penas permitiéndome respirar, escuché.

—...Tenemos que atacar antes de que lleguen. — Decía uno de los personajes. Me sorprendí al escuchar mi propio idioma. — El ejército se encuentra a unos

cuantos kilómetros de distancia, sin general. Lo destruiremos con pérdidas mínimas.

— No lo sé. — Y cuando escuché la segunda voz, me tuve que morder la mano, para que un grito no saliera de mi garganta: era Heitter. — No estoy seguro, Camilo. Si atacamos ahora, iríamos en contra de las reglas. Claro está que ganaríamos, pero no sé las consecuencias que esto puede traer.

— Estás desperdiciando una gran oportunidad, ¿lo sabías?

— No me importa. No quiero ir contra las reglas.

— ¿Es por tus amigos?

— No. Ellos dejaron de ser mis amigos en el momento en que se aliaron con el enemigo. No te preocupes, — y su voz adquirió un tono frío que nunca antes escuché, — los mataré, si se me presenta la oportunidad, sin la menor duda.

Y, en ese momento, detesté a Heitter con toda mi alma. Nunca pensé que alguien era capaz de odiar a un amigo de esa manera, y las historias que oía de gente que mataba a sus mejores amigos por cualquier pendejada, me parecían exageradas; empero, en este momento cambié radicalmente mi opinión. Sus palabras implicaban que a él no le importaría, en absoluto, matarnos. Y yo que me rompí la cabeza, pensando que no era capaz de matar a una persona que conocí durante tanto tiempo. Pero ahora no lo dudaría, no. Lo mataría de la misma manera y con el mismo sentimiento con el que se mata una cucaracha: ¡repugnancia!

— De acuerdo. ¿Qué vamos hacer?

— Regresemos con los nuestros. — Y Heitter comenzó a alejarse. — Esperaremos el momento indicado y luego atacaremos. No durarán mucho. Los superamos en número, así que va a ser una pelea corta y... desagradable.

Las voces se alejaban más y más. Yo no salía del asombro, estupor y sentimiento de asco que me causaba la acción de uno de mis supuestos mejores amigos.

¡Maldito sea él y los que lo acompañan!

— ¡Juro, en nombre de lo más sagrado, que llegado el momento, no dudaré!

No sé cuanto tiempo permanecí recostado contra la pared, incapaz de salir de mi estupor. Ante mis ojos desfilaban miles de momentos que pasé con él. Fue mi amigo. Me ayudó en tantas cosas, de la misma manera que yo... que nosotros a él. Y ahora, no dudaba en matarnos. Esto era inconcebible. Más ya escuché de sus propios labios. Deseé encontrarme con mis amigos en ese momento, para contarles lo sucedido. Pero no era posible. Me levanté y en ese momento, todo lo que en algún momento sentí por Heitter, quedó borrado de mi mente, llenando el vacío con un sentimiento de odio tan insondable, que me hería en lo más profundo de mi corazón. Y, a medida que más me hería, el odio aumentaba hasta llenar por completo todo mi ser. A partir de ese momento, dejó de importarme la Humanidad, las almas en juego, mi propio bienestar. Sólo me quedaba esto: ODIO.

Recordé que el otro personaje mencionó que había un ejército, a pocos kilómetros de distancia. Si ellos se proponían atacarlo, significaba que pertenecía a nuestro bando. No sabía que dirección tomar para llegar a él, así que me guíe

por la lógica. Seguí las huellas que dejaron Heitter y su acompañante, en la arena. Gracias a Dios, no se tomaron la molestia de ocultarlas. Ellos caminaron en línea recta a lo largo de la playa, hasta el punto en que ésta dibujaba una curva muy aguda y se perdía de vista, al norte. Las huellas seguían esa dirección. A partir de ese momento, me dirigí al sur. No era más que una intuición, pero esperé que su ejército estuviera apostado a ciento ochenta grados del nuestro. No fue una buena idea, desde el punto de vista táctico. Podía encontrarse, literalmente, en cualquier dirección. Sin embargo, preferí esta. Tal vez era para alejarme más de Heitter y la ponzoñosa nube que lo acompañaba de ahora y para siempre; tal vez fue una intervención divina, tal vez mi propia intuición, pero luego de una hora, encontré lo que buscaba. Me topé con centinelas, apostados en la entrada a un gigantesco campamento, situado en un claro, en medio del bosque. Era un campamento de legionarios romanos, equipados completamente. Me vieron de inmediato y me saludaron con un golpe en el peto, levantando la mano derecha. No me explico como en ese momento ellos me reconocieron como su general. Ni siquiera me consideraba tal, pero les devolví el saludo y me quedé mirándolos sin saber que hacer. No tenía ninguna idea de las cortesías del caso, ni como dirigirme a mis propios soldados. Es más, ni siquiera sabía donde se encontraba mi cuartel general, o lo que fuere. Supongo que ellos comprendieron mi indecisión y uno de ellos se adelantó y, levantando su espada corta, comenzó a caminar delante de mí, no sin antes realizar el gesto inventado hace miles de años atrás: sígueme.

Atravesamos el campamento hasta llegar al centro. Ahí se alzaba una carpa inmensa, custodiada por dos legionarios, quienes levantaron sus espadas en señal de saludo. Entré y para mi sorpresa, ahí estaba Miguel, frente a un rústico mapa, dibujado sobre la piel de algún tipo de animal vacuno. No se daba cuenta de que me encontraba bajo el mismo techo. Se encontraba bastante concentrado, estudiando las posiciones de las líneas enemigas...